

DES VARIACIONES

Cuentos de Humor

Victor Civeira



DES
V
ARIACIONES

Cuentos de Humor

Victor Civeira

Indice

La muerte

Una mirada profunda 9

La aventura del Irlandés 25

Des Vampires

Pieza en forma de pieza 43

El paraíso vendido

Con perdón de Milton 57

El Santo de Nonoalco 67

El hada de los cuentos 83

Epistolario

Entre dos caballeros que nunca se han visto. 97

Se vende alma 109

El último canto de Nostradamus 123

Seguimos sin estar solos

Conferencia de prensa 131

Diario de un Monstruo 143

Ellas 155

¡Mare! Un Aluxe... 167

El Ermitaño 177

Ideas que quedaron pendientes. 189

El hada de los cuentos

Aunque no acostumbro sentarme en cantinas y tugurios a esperar, de pronto me sentí cómodo en la esquinada mesa metálica de *Corona* en el interior de “Los bucles de mi Generala”, célebre bebedero ubicado en los barrios centrales de la histórica ciudad de México. Sus parroquianos gozan de una tradición ética memorable en la que se rumora de la muerte temprana de algunos de ellos, que siguen bebiendo sin darse cuenta de su fúnebre estado gracias a la conservación química que les brinda el alcohol, que se consume ahí en cantidades navegables a toda hora.

La cita se había concertado a las cinco de la tarde y para sorpresa mía fue ella quién sugirió “Los bucles...” como lugar del encuentro. Pasaban de las seis y sólo el pintoresco ambiente había evitado que yo abandonara mi empresa, antes de iniciarla.

Mi cita era ni más ni menos que con Lola, mejor conocida como el Hada de los cuentos y no hablo de una meretriz cuyos talentos la bautizan con tan singular mote, no, es la mismísima Hada de la cual nos platicaron abuelos y padres, la de *Cenicienta* y *Pinocho*, la de *La*

Bella Durmiente y demás historias que conocimos en nuestra infancia. Y pido al lector que no piense que mi estancia en “Los Bucles...” había mermado la ya poca luz que me queda en la cabeza y que mi sangre pudiera servir de combustible para encendedor. Me refiero verdaderamente al hada de los cuentos, cuyo contacto primero me hizo pensar en la investigación que dio a luz a este relato.

Por difícil que parezca, conocí a la susodicha hada en la fiesta de un amigo común, durante las celebraciones patrias del aún más patrio mes de septiembre. Me llamó la atención particularmente el hecho de que era la única mujer que no vestía de Adelita (como la invitación exigía), aunque yo tampoco me mantuve en el protocolo pues no plancharon a tiempo mi mejor traje de chino poblano, con el que podría ser la envidia de viejas estrellas de la pantalla grande -especialmente Dolores del Río-.

Decía yo que la dama de mediana edad, (es decir, que fluctuaba entre los veinticinco y los setenta, según uno se fuera acercando) llamó mi atención con su atuendo de quinceañera nativa de la Guerrero, como salida -pensé, o mejor dicho acerté-, de un cuento de hadas. Tenía yo este pensamiento en mente cuando ella volteó a verme, tal cual si me hubiera escuchado. Lo interesante fue que no había yo notado, hasta que la tuve a mi lado, el enorme parecido que ella tenía con Yolanda Liévana, piernuda estrellita de mi remota infancia a la

que yo admiraba, al mismo tiempo que leía los cuentos mencionados.

-Es que así me veías de niño-, comentó al percartarse de mi gesto francamente mongol, gesto que seguramente aumentó en su bestialidad al verme descubierto en mis pensamientos.

-¿Es usted alguna clase de gitana o adivina? Pregunté en un tono tan astuto que quizá hubiese pasado tan sólo por retardado mental, pero dígame querida lectora, ¿no es la típica expresión en el hombre que se acerca a una dama en una fiesta?

Se me quedó viendo con sorpresa y lanzó una risotada que de estar Agustín Lara junto a ella la hubiese amonestado por desafinar el natural tono de una carcajada. Luego empujó su rebosante vaso de alipús hasta que en el fondo sólo quedó el reflejo de sus ojos, que de estar José Alfredo junto a ella hubiera dedicado de seguro una melodía a tan embriagadora memoria.

Acto seguido, se quedó un rato como esperando a que el alcohol se le acomodara en las partes del cuerpo y del cerebro que le tocaban y con una voz grave, cuyo tono me hizo recordar a las célebres *Guayaba* y *Tostada*, me respondió:

-Soy l'hada... Entendiendo yo que tenía frío, le ofrecí mi saco. Ella se le quedó viendo y aclaró:

-L'hada, la de 'os cuent's, 'ira mi varita... Sinceramente estuve a punto de alejarme, decepcionado de la beoda mujer que había empezado a agitar un popote que

servía de removedor en su vaso.

-No est'... noes... ¿'onde la dejé? continuó, tratando de hilar palabras. Ya me volvieron a robar la varita, güey. ¿Te quieres sentar?

Así, entonces me senté a su lado, más movido por la curiosidad que por mi inicial objetivo de compartir la noche con alguien.

-Neta, ya me robaron mi varita, ¿no la's visto?

La mujer procedió a describir su mágico artículo:

-Sss larga como vara, tiene una estrella en la punta. Con ésa hago las magias y los encantos. ¿Qué? ¿No me crees, verdá?

En ese momento alcance a distinguir, enredado en el cabello de la célebre mujer, el objeto al que se refería.

-Ah, sí cierto... la puse pa' detenerme los cabellos. Dicho eso, lo retiró de su cabeza con un grácil gesto, semejante al de un mono que se espulga una tarántula.

-Ira, dijo, ¿sa's qué? Ésta ess la varita mágica de 'oss cuen'ss. Nomás que ya nadien l'e cuentttos. Ni siquiera los protagonistas de los cuen'ssss siguen en ellos. Ya crecieron o se dedican a otrra cosa... ¿Te acuerdas del “Y vivieron felices pa' siempre”? Pus no... Ni fue pa' siempre ni fue'n felicesss... Arrastró la última ese hasta hacerme creer que se desinflaba.

Yo sinceramente no sabía a estas alturas qué demonios estaba haciendo con esa mujer. Si bien no era fea y en otro momento hasta podría ser una mujer

atractiva, su embriaguez no le permitía ser agradable a la vista y menos al olfato.

- No'n serio... sí soy l'hada. Pero como que ya no me... ya no me... ya no me... ¿'Tiendes? ¿Quier's que te lo pruebe? Sinceramente, yo entendí lo mismo que leyeron ustedes.

-Te lo puedo comprobar: *zala cadula chalchi comula bibidi bun a la bim bom ba...* Debo confesar que en ese momento me impresionó, porque apareció en su mano una botella de tequila, y del caro. Mis dudas acerca de sus poderes se empezaron a disipar, no sé si porque a mí también se me empezaban a trepar las cucharadas y se me antojó mucho ese tequila o porque al mirar a su espalda para ver “qué tal estaba” me encontré con un par de alitas tipo mariposa que realmente salían de sus omóplatos.

-Mire usted, dije galante, yo soy escritor y me intereso mucho por estas cosas. No me refería al tequila, pero me sirvió un caballito que de todos modos agradecí. Sin embargo, salud, me parece un poco difícil entablar una plática al respecto en este momento. Salud. Me gustaría citarla para otra ocasión en que usted se encuentre en un estado, salud, digamos, más apto para hablar. Salud.

-¿No pue'ss hablar? ¿Er's tímido?

-No me refería a mí, pero bueno...

-Mañana... mañana... “Los blques de mi gerenala”.

Traté de traducir. ¡Ah! ¿La célebre cantina "Los Bucles de mi Generala"? Claro, ¿a qué hora?

El hada, intentó usar los dedos para indicarme la hora en que deberíamos encontrarnos, a la una, no, a las dos... ¿a las tres? Ah, vaya, las cinco. Muy bien, a las cinco de la tarde en "Los Bucles..." Y entonces ella desapareció en forma de polvo rosado fosforescente, precisamente en el momento en que aparecían frente a mí dos elefantes del mismo color pero con corbata. Supe en ese momento que ya no debía tomar otra copa esa noche.

Y bueno, heme aquí en "Los Bucles", esperando a la mujer que ahora ya dudo que haya existido. Quizá fue parte de mi imaginación con hielos y seguramente si me tomo otra más va a aparecer de nuevo, aunque no exista.

Pedro, el cantinero, me trae otra botana y pues ya para no despreciar le acepto la tercera, y mientras me la trae a mí me llama la atención una mosca que necia trata de entrar por una ventana cerrada. La mosca cae y del otro lado de la ventana aparece desde el piso el hada de los cuentos. Ligeramente más presentable que el día anterior, pero de cualquier modo en un evidente estado etílico que seguramente la hacía flamable.

-Quiubo poeta-, me dice con más dicción que ayer. ¿Traes tu grabadora? Porque te voy a echar una serie de netas que *Off the record*, o sea, aquí entre nos, te van a encantar.

Me apresto y saco mi grabadora y lo primero que

dice es:

-Pedrito, tráete una botella de tequila. Esta tarde vamos a chupar. Bueno, pense, si es necesario para mi carrera, pues adelante.

-¿Qué quieres saber exactamente? Preguntó, directa.

-Sin ánimo de ofender, ¿por qué un hada, específicamente el hada de los cuentos, ahora se dedica a beber en vez de hacer hechizos que beneficien a las princesas?

El hada me miró con tristeza, luego miró a la ventana con cierta nostalgia. Esa nostalgia que nos entra a todos cuando sabemos que lo que hemos perdido no sólo no vamos a recuperarlo, sino que no vale la pena recuperarlo.

-Los cuentos de hadas están muerto-, inició. Murieron de aburrimiento y abandono. Se murieron como los viejos de un asilo oscuro. Muchas veces, cuando lo que da sentido a tu vida muere, tú quieres alcanzarlo. Y de no morir te hartas, hasta que dejas de pensar.

No supe qué decir. Evidentemente hablaba en serio y le dolía. Me quedé en silencio.

Ella continuó:

-Hoy, le llaman cuento de hadas a las mentiras de los políticos, a los sueños de los pobres. Antes, un cuento de hadas era un regalo de paz antes de dormir, era una ilusión que se hacía de niño y se perseguía siendo adulto. El hada bebió de un trago el primer caballito de la tarde. Pero no quiero hablar de mí ni de mis tristezas,

déjame echarme dos más y mejor te cuento chismes.

-¿Chismes?

-¿No te gustaría saber qué fue de Pinocho? ¿De la Cenicienta? ¿Qué pasó con esas bodas entre gente que sólo se había visto una vez? ¿Cómo fue que los siete enanos se fueron a vivir en amasiato con la bruja porque estaba más buena que las princesitas?

Debo reconocer que movió mi curiosidad, mi morbo. Y decidí escucharla, no sin antes servirle la segunda, para que se fuera animando.

-Empecemos por Pepe Grillo, ¿te acuerdas de Pepe Grillo? Me lo encontré la semana pasada. Por alguna extraña razón amanecí en el zócalo, dentro de una de esas bicicletas con caseta para turistas. Pobre Pepe... estaba sentado junto a la catedral, con un letrero que decía: “Se hace de conciencia”, junto a un gordo que “hacía trabajos de carpintería en madera” y otro mono que “componía poemas y enderezaba sonectos”. De hecho, se parecía a ti.

Yo carraspee ante la alusión, bueno, como que todos tenemos malos ratos... lo comenté desde luego por Pepe Grillo... no por el de los sonetos. El hada continuó:

-Pero al pobre invertebrado nadie lo pelaba, ¿quién quiere una conciencia en estos días? A nadie le hace falta y el que todavía tiene algo de ella se da cuenta que le estorba en una ciudad como ésta. ¿Sabes a lo que me refiero, mi letrado? ¿O me pongo melodramática y

sociopolítica?

-Entiendo-, me zafé del sermón tipo Provida.

-Ta' bueno... Me llevé a Pepe Grillo a echarnos unas frías y me platicó que anda bien tronado, nadie le da trabajo y del mal agradecido del Pinocho ni hablarle. Y no olvides, Poeta, que yo conocí al Pinocho, yo le di su alma... de haber sabido, mejor se la doy a la Barbie, mano. Me hubiera sacado de pobre.

-¿Qué fue de Pinocho?-, pregunté curioso.

-Pues ya desde niño tenía ondas rebeldes, qué digo desde niño, desde muñeco. El méndigo era un trozo de madera que sólo sabía hacer sufrir al bueno de Geppeto. Cuando lo convertí en niño real, hasta eso, se pasó algunos años tranquilo, -fuera de las barbajanadas de todos los adolescentes como embriagarse, embarazar alguna chamaca o incendiar una secretaría-, nada fuera de lo común. La bronca fue cuando salió de la preparatoria. Ya no quiso estudiar. ¿Más alipús, mi biógrafo?

Yo acepté el bébere y brindé con ella, mientras continuó relatándome sobre el italiano personaje.

-¿Te acuerdas que era medio mitómano el chama-co? Bueno, pues sí siguió estudiando cuando se enteró de que existían las carreras de comunicación y ciencias políticas, ¿tú crees?

-Eso es para celebrárselo, más bien. No para criticarlo-, concedí.

- No, tú ni sabes. Trabajó para la presidencia. ¿Quién crees que le escribía sus discursos al Licen-

ciado..?

-No me diga, por favor interrumpí inmediatamente-: No quiero saber. Ésta es una investigación sobre los cuentos de hadas, no sobre chistes pelados.

El hada empujó lo que le quedaba en el vaso y se sirvió otra más. Yo la miraba detenidamente, como dije, para mí se parecía a aquella Yolanda Liévana de mi infancia. ¿Qué otras formas podía tomar en la mente de las personas? ¿Era quizá yo quien ahora le daba esa imagen dipsómana y triste, de la que a veces se desprendía en chispazos su aire mágico? ¿En cuánto me va a salir la cuenta?

-Al que le fue rebién fue al condenado Lobo Feroz, que no era feroz, simplemente andaba hambriento a toda hora. Resulta que ya estaba harto de ser el villano de los cuentos, que si la Caperuza, que si la fábula, que si traía pulgas, bueno, eso sí... Pero el lobo era buena onda. De hecho, integró una sociedad para la protección de ¿cómo se llama..?

-De los animales-, apunté.

-Nel... el lobo no era más animal que los que se dejan ver la cara, no... ¿Ves esta onda de los derechos humanos? ¿El supermán?

-Ombudsman-, apunté ahora con más puntería.

-¡Ah, sí! Pues él se hizo su *Ombudswolf*, o sea, los derechos del lobo y de cualquier animal maltratado por la sociedad. Si por eso no le han caído a tanta rata que ha dejado sus puestos en los pinos, los abedules y todos los

bosques... Igual los dragones, unas lagartijas que eructan fuego.

Qué bueno que el hada hizo la aclaración, (de los dragones) para que yo no me confundiera con alguna alusión extraña.

-¿La Bella Durmiente? Pregunté, ya viendo entrar a los elefantes de Dumbo por la puerta y con botanas en las manos.

-La peor de las falacias, el Príncipe la mandó con un dentista y aún así se divorció. Imagínate, si en las mañanas te levantas con aliento a refinería con ocho méndigas horas de sueño... ¿te imaginas cien años jetón? No se te quita el tufo en décadas... Ni con Drano.

Esto se estaba poniendo desagradable, los cuentos se rompían ante mi ilusión de niño, como un cristal. De pronto me vino a la memoria mi amor platónico de la infancia. La juvenil y dulce Blanca Nieves. El Hada se me quedó viendo con cierta sorna al oírme mencionar a tan dulce personaje.

-Vas a necesitar otra-, me dijo. Y yo decidí obedecer, con aquella sensación en el estómago que los hombres perciben cuando les van a venir con un chisme feo sobre su mujer. Una rara combinación entre un vuelco y la patada de una burra en celo.

-Ella y el Príncipe no vivieron felices para siempre, es más, no duraron juntos ni tres meses. Resulta que al buen príncipe le daba por galopar cien leguas todos los días.

-Me parece sano.

-¿Sin caballo..? Después se descubrió que en realidad se desaparecía todas las tardes para dar rienda suelta a lo que resultaba su verdadera pasión, aun por encima de la compañía de Blanca Nieves. El Príncipe adoraba hablar con las ardillas.

-Bueno, Blanca Nieves también lo hacía-, aduje en defensa del galán en cuestión.

-Ay... Dijo el hada con cierta decepción. Tú viste la película, no leíste el libro... bueno, suele suceder. Sólo te comento que en el Libro de la Selva, el oso Balloo no cantaba jazz ni hablaba como Tin Tan, era viejo y ciego en realidad. Pero no te quiero quitar la ilusión, de eso se trata la entrevista a fin de cuentas. Te voy a hablar de Blanca Nieves. ¿Cuándo diablos has visto que una pareja que apenas se ha visto dos veces, se case y viva feliz?

Iba a contestar que en los matrimonios Sufi, pero cambié mi respuesta por algo más a colación:

-¿En los cuentos de hadas?

-¡Correcto, te acabas de ganar el Auto..! Perdona, creo que el “chínguere” ya se me está trepando. Y es que he pasado demasiado tiempo en esos concursillos en los que te quieren regalar la vida. Son los cuentos de hadas de estos tiempos. Te voy decir algo, mi escribano. Yo no tengo nada en contra de las caricaturas *japonesias* que vienen de Estados Unidos. A su modo, un modo medio bestia, aún enfrentan al bien contra el mal, la ilusión

contra la desesperanza... Siempre gana la desesperanza, pero bueno. Digamos que es lo que queda. Pero no necesitan al'hada... Me di cuenta que ambos nos estábamos embriagando, no sólo por su forma de hablar, sino que mis elefantes comenzaban a ver sus propios elefantes.

-Ellos se bastan con máquinas y programas de computadora-, continuó el'hada... digo, el hada. Pero la vida real está más lejana cada día a los cuentos.

-Seamos honestos, siempre lo ha estado.

-Pos sí, pero como que había un halo de esperanza, como que en todos existía la secreta esperanza de que al final triunfara el bien, hubiera justicia divina, todo fuera mágico. Como en esos viejos musicales de Broadway, donde si te enamorabas, salías a cantarlo a la calle y mágicamente aparecía una orquesta de smoking y todos en la calle se sabían los pasos que bailabas y te acompañaban felices.

Por alguna extraña razón comencé a silbar *Cantando bajo la lluvia*.

-¿Ya agarraste la onda de por qué ando de indigente y en medio de una botella todo el día? En realidad lo que estaba era agarrando una papalina marca llorarás. Simplemente -continuó ella-, ya no tengo nada que hacer. Y cuando me invocan es a modo de nostalgia, burla, chiste político o para un baboso libro de cuentos.

Me sentí un poco incomodo con la alusión, pero ella musitó algo que llamó mi atención, porque caray, a

todos nos pasa alguna vez.

-Ya no le importo a nadie... El hada dijo esto y se echó a llorar.

En ese momento no supe si abrazarla, comprarle otra botella o irme a mi casa (su casa) y aparentar que nada de aquello había sucedido. Pero si hubiera hecho esto último, la hubiera estado condenando para siempre a una botella de tequila y a una vida inmortal en la que si no la reconocemos, sólo la veríamos como una mosca luminosa tratando de entrar por la ventana.

La abracé y me sorprendió con un beso. No sé si era la borrachera o el calor de la compañía. Nos fuimos a mi departamento. Perdónenme, queridos lectores, pero desde mi particular fantasía, me estaba besando Yolanda Liévana, famosa modelo y actriz de mi infancia que hizo despertar la libido de mis primeros años. Así que la besé. Y tal vez haya un final feliz, al menos para mí. Al menos para ella... A lo mejor no le sea tan grave pasar a ser una Musa en vez de un Hada. Al menos para ustedes, que me acompañan en medio de fantasías, brujas, hadas y elefantes rosas, puede que no sea tan difícil suponer que por ahí cada uno tiene su "Cuento de Hadas personal", donde si bien no hay dragones ni castillos, puede haber una dama en apuros, un hechicero maligno y un héroe o heroína capaces de salvar el momento, la vida. Y si bien no hay un "vivieron felices para siempre", caray, vale con intentarlo una vez al día. Se puede volver costumbre.

FIN

